

Presentación

Va ya para doscientos años que comenzó la reflexión filosófica en letra impresa sobre las corridas de toros. Sin embargo, difícilmente una revista de filosofía alemana, inglesa, neerlandesa o italiana dedicaría una parte monográfica a este fenómeno cultural. Como que a sus lenguas les falta hasta el concepto mismo de correr toros y su gravedad semántica.

Decía José Bergamín que el toreo es el arte de birlibirloque, que es como decir un arte de encantamiento. El torero ilusiona al toro, en el doble sentido de engañarlo y de excitar su pujanza, tan crecido como está en su trapío.

El busilis del toreo, si tenemos que hacer caso a Domingo Ortega, está en llevar al toro a donde él no quiere ir. Pero también es justo decir que el torero destapa y conjura al mismo tiempo la ilusión impertérrita de que la vida no tiene un final. El riesgo que conlleva el espectáculo nos embiste y nos despierta del sopor dogmático que velaba nuestra inexorable condición de seres para la muerte.

El duelo entre el hombre y el animal, dramatizado en la fiesta de los toros, es una dialéctica sin superación: *aut...*, *aut...* No hay componenda posible para la seriedad de la vida. Mas tampoco quedan al final solos el hombre unidimensional o el toro unidimensional. La fiesta perpetúa la confrontación.

Tiempo va siendo ya en que se ve la necesidad de que buenos espadas tercién en esa arena tan poco visitada que es la filosofía de las corridas de toros. Desde luego, más allá de la sólita polémica sobre «derechos» de los animales. Y haciendo justicia a la singularidad de una práctica que no es ni pelea entre animales, ni actividad cinegética, ni ceremonia sacrificial, ni rutina de matancero. Y cuya índole propia tampoco puede diluirse en una estética irresponsable.

José Luis Caballero Bono